

El  
evangelio  
en  
pocas palabras

365  
*Meditaciones*  
DIARIAS

PARA REFRESCAR EL CAMINO

Editorial CLIE  
www.clie.es





El  
evangelio  
en  
pocas palabras

365  
*Meditaciones*  
DIARIAS

PARA REFRESCAR EL CAMINO

**HAROLD SEGURA**

**EDITORIAL CLIE**  
C/ Ferrocarril, 8  
08232 VILADECAVALLS  
(Barcelona) ESPAÑA  
E-mail: [clie@clie.es](mailto:clie@clie.es)  
<http://www.clie.es>



© 2023 por Harold Segura Carmona.

*«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 917 021 970 / 932 720 447)».*

*El texto bíblico ha sido tomado de La Palabra (versión Hispanoamérica) (BLPH) © 2010 Texto y Edición, Sociedad Bíblica España. Utilizado con permiso.*

© 2023 por Editorial CLIE. Todos los derechos reservados.

---

**EL EVANGELIO EN POCAS PALABRAS**  
**365 MEDITACIONES DIARIAS PARA REFRESCAR EL CAMINO**

ISBN: 978-84-17131-48-7  
Depósito legal: B 14210-2023  
Vida cristiana / Devocional  
REL012020

## PRÓLOGO

No hay nada más difícil que definir en pocas palabras las muchas enseñanzas del Evangelio sin caer en la trivialidad. Es un reto intelectual de no fácil resolución que se mueve justo en el medio resbaladizo entre las aguas profundas de la teología y las aguas someras destinadas al público en general, que ponen a prueba la habilidad del autor, pues debe mantener un equilibrio delicado y un balance efectivo entre lo estudiado con mucho esfuerzo y lo explicado a un auditorio externo. Lo bueno es que la teología tiene que ver con la vida, y esta lo que más necesita son dosis apropiadas de verdad, no sermones complacientes de pura retórica.

En la Biblia encontramos ese viejo método de enseñar y reflexionar consistente en cápsulas verbales de fácil asimilación, proverbios y pensamientos cortos, que no son consignas, sino resumen de un saber aquilatado por la experiencia y la meditación. Desde la antigüedad nos vienen esos refranes y aforismos de los sabios que se mueven entre la tradición y la originalidad; lo arcaico y la renovación. La literatura bíblica canónica y extra-canónica está repleta de ese modo de comunicación que apela al alma que necesita verdades esenciales breves y rotundas como un pan bien horneado que alimente y conduzca el espíritu en medio de las múltiples voces del siglo.

La literatura sapiencial es un logro cultural de los pueblos sabios de antaño. De una forma y otra, se ha manifestado en los aforismos y reflexiones de muchos teólogos y filósofos que llegan a nuestros días, con el ejemplo de los apotegmas de los Padres del Desierto, en espiritualidad, o los aforismos de Nietzsche en filosofía, que conquistó hasta las masas más alejadas de la filosofía, o un Cioran convertido en casi un autor de culto.

La brevedad no es carencia de ideas, sino todo lo contrario, riqueza de las mismas, pues solo el que no sabe, el que domina insuficientemente la materia a estudiar cae en la verborrea de dar vueltas y vueltas a lo mismo sin llegar a ninguna parte. La brevedad siempre es de agradecer cuando procede de un maestro. En sentido general, puede llegar a convertirse en la mejor arma de un buen escritor, y de un predicador, por aquello de “lo bueno, si breve, doblemente bueno”. Es bueno dejar al auditorio con ganas de saber, que no con hartura de saber.

Todos sabemos por experiencia personal que nada es peor que la divagación intelectual, ese vagabundeo verbal que se extiende sin medida, lo cual, en ocasiones, es signo de vaguedad mental y expresiva.

No es este el caso de Harold Segura, con una larga experiencia ministerial y literario-teológica, que en esta pequeña obra ha puesto lo mejor de percepción del cristianismo tal como apela a nuestra vida diaria y a nuestra intelección y preocupación modernas respecto nuestro camino y testimonio como cristianos. Así, puede hablar de “ecumenismo” con ecuanimidad, sin distracciones polémicas, como “esa unidad que crece y se robustece por medio de la diversidad y el pluralismo. En su vasta diversidad valora la riqueza de las diferencias”. O cuando habla de la oración a Dios como un “estar ante su presencia, quietos y en confiado reposo”.

En otro lugar, al hablar de la presencia de Cristo en la vida del creyente, Harold Segura afirma: “La fe hace que la vida sea un viaje acompañado. Cuando las tormentas azotan la barca, Él sigue allí, aunque, a veces, parezca dormido”.

No nos dejemos, pues, de engañar por la brevedad del texto y sus variadas reflexiones, exhortaciones, consuelos y retos. Leámoslo como quien atiende al profesor o al médico que nos prescribe lo mejor para nuestra salud.

Si alguno anhela la santidad y la espiritualidad, entienda que “la espiritualidad cristiana conjuga dos dimensiones. Una es el desarrollo de la interioridad personal (lo que Dios nos dice en nuestra íntima oscuridad, según Mateo 10:27) cuyo fin es cultivar la «calidad humana profunda». La otra es la exterioridad social (lo que se pregonaba desde las terrazas, según el mismo versículo de Mateo), relacionada con la proclamación del Reino de Dios, reclamando justicia, demostrando misericordia, promoviendo la reconciliación y dando testimonio del amor amplio y gracioso (con gracia) del Señor”.

Basten estas pocas palabras a modo de prólogo para un texto breve, que no es sino abreviatura de un gran caudal de conocimientos esenciales.

**Alfonso Ropero**

*En un lugar de La Mancha, 31 de enero de 2023*

## INTRODUCCIÓN

**M**e viene a la mente el texto del Sermón de la montaña en el que Jesús enseña a sus oyentes a no usar vanas repeticiones (Mt.6:7-8). Está hablando de la oración, como sabemos, pero podría tener también aplicación para la predicación y la enseñanza. ¡Cuántas veces, en estos más de cuarenta años como predicador, he dicho en una hora —a veces más— lo que hubiera podido decir en veinte minutos! Seguro que Uds. estarán pensando en sus propios sermones... o en muchos de los sermones escuchados a través de los años. Pasa en el mundo católico y mucho en el protestante y evangélico.

Pues bien, aquí estoy con este ejercicio de expresar en pocas palabras lo mucho que se podría decir sobre cualquiera de los textos de los Evangelios. Me propuse la meta de escribir cada día esta serie de meditaciones bíblicas —porque eso son, meditaciones y no extensas lecturas piadosas, ni mucho menos, pequeños sermones— que envié a un nutrido grupo de amigos, amigas y seguidores de mis redes sociales, esperando que, después de leerlas, me dijeran lo que debía mejorar y lo que, en su generosa opinión, creían que debía conservar. Así nació, creció y maduró *El Evangelio en pocas palabras*. Ha pasado la prueba de la crítica y, en cierta manera, es producto madurado de las conversaciones diarias con quienes tuvieron a bien seguirlas y comentarlas. Es producto colectivo, si se me permite esa expresión, de paso para agradecerles a todas las personas que me siguieron en este itinerario bíblico y que, muchas de ellas, lo siguen haciendo cada día.

El calificado equipo editorial de Editorial Clie hizo el resto del trabajo, quizá uno de los más arduos antes de cualquier publicación, el de corregir, ordenar, clasificar y, cómo no, mejorar el estilo y corregir los errores gramaticales y otros que nunca faltan. A todas las personas que tuvieron en sus ordenadores el manuscrito inicial, gracias por invertir tiempo y esfuerzo hasta lograr la versión que ahora tenemos en nuestras manos.

Estas meditaciones se pueden seguir cada día, en forma individual, como guía para los momentos de espiritualidad o también en pequeños grupos; en este caso como un insumo inicial que provoque conversaciones más fecundas alrededor de cada texto bíblico. No dudo que pueda servir también

como, eso que hace ya varios años llamábamos, semillero homilético, es decir, ideas en germen para futuros sermones o enseñanzas (eso sí, que no demoren tanto como los sermones que ya comenté antes).

La organización de los textos se ha hecho, también por sabia sugerencia de la editorial, según cada Evangelio. Esto hace más fácil seguir el curso de las narraciones y el sentido distintivo de cada uno de los cuatro evangelistas. Se sigue, además, un orden según el calendario cristiano, destacando las fechas y temporadas especiales: Semana Santa, Navidad, etc.

El propósito del libro no es otro que animar la comprensión, breve, pero siempre profunda, de las palabras de Jesús de Nazaret, según nos las transmitieron los escritores de los Evangelios canónicos y el consenso de las primeras comunidades cristianas. Esos textos fueron escritos para animar nuestro seguimiento de Jesús y, siguiéndolo, encontrarnos con él, que es la fuente de vida plena (Jn.10:10).

Jesús nos enseñó que cuando un maestro de la ley se convierte en discípulo del reino de los cielos, es como un hombre que saca de un baúl tesoros nuevos y viejos (Mt.13:52). El Evangelio de Jesús es un tesoro y yo he intentado encontrar allí joyas, algunas viejas, otras nuevas, que iluminen nuestro diario caminar y nos permitan disfrutar de la riqueza de ese joyero.

**Harold Segura C.**







Mis notas:

Jesús salió desde Galilea, la provincia del norte, y fue hasta el río Jordán, a un poco más de 60 kilómetros, donde Juan estaba bautizando. Para el Bautista, su acto ritual servía para que la gente expresara arrepentimiento (Mt 3:6).

Jesús fue hasta allá para que ser bautizado, pero Juan se negó porque consideraba que no era digno. Según él, debía ser al revés, que Jesús lo bautizara. Pero Jesús insistió diciéndole que lo hiciera porque así lo quería Dios.

Juan aceptó. Aceptó que Dios tiene otro concepto de dignidad. Para Él, la dignidad no depende del rango jerárquico, ni del origen social, ni mucho menos del poder económico. Y Juan así lo entendió aquel día. Entendió que es menester vivir según lo que Dios ha dispuesto y no lo que los seres humanos hemos propuesto.

*“Por aquel tiempo llegó Jesús al Jordán procedente de Galilea para que Juan lo bautizara. Pero Juan se resistía diciendo: — Soy yo quien necesita ser bautizado por tí, ¿y tú vienes a que yo te bautice? Jesús le contestó: — ¡Déjalo así por ahora! Es menester que cumplamos lo que Dios ha dispuesto. Entonces Juan consintió”. (Mt. 3:13-15)*



Mis notas:

Cuando Juan bautizó a Jesús, al salir del agua hubo tres señales extraordinarias que el otro Juan, el evangelista, presenta en este orden: se abrieron los cielos, el Espíritu de Dios descendió y se escuchó una voz que venía del cielo.

Por más de tres siglos, según la comprensión judía, la voz de Dios había dejado de escucharse por medio de los profetas. Los últimos habían sido Joel, la última parte de la profecía de Isaías y Malaquías.

Con el Bautista resonó de nuevo esa voz (que clamaba en el desierto), pero con Jesús, la voz regresó con su timbre personal y directo. Habló desde el cielo y dijo esto: que él era el Hijo amado del Padre y que gozaba de su complacencia.

Sea Jesús o sea cualquiera, ningún mensaje mejor puede escucharse desde el cielo que cuando se nos recuerda lo que somos: hijos amados del Padre. Hijos e hijas del Padre que nos acepta, ama y se complace de lo que somos. ¿Podría escucharse algo mejor?

*“Una vez bautizado, Jesús salió en seguida del agua. En ese momento se abrieron los cielos y Jesús vio que el Espíritu de Dios descendía como una paloma y se posaba sobre él. Y una voz, proveniente del cielo, decía: — Este es mi Hijo amado en quien me complazco”. (Mt. 3:16-17)*





## Mis notas:

Juan el Bautista siempre supo cuál era su papel dentro del proyecto histórico de Dios. No era el Mesías, pero sí su predecesor. Por lo tanto, reconocía el alto valor de su ministerio, sin por eso negar la superioridad del que vendría.

Sabía que Jesús era más poderoso que él y que bautizaría, no con agua, sino con el Espíritu. Su venida sería la buena noticia que a él le correspondía anunciar.

Dios le asignó a Juan algo grandioso y a Jesús algo extraordinario. No había, entonces, lugar para la competencia, ni los conflictos y menos para las luchas de poder.

Para Juan, la predicación de la buena noticia incluía dos grandes asuntos: anunciar a Jesús como Cordero de Dios que da vida (Jn 1:29) y denunciar con valor lo que atentaba contra la dignidad de esa vida, por eso entró en conflicto con los poderosos de su tiempo, hasta que le dieron muerte.

Anunciar y denunciar, cómo corresponde a todo profeta, fue la labor de Juan y es la de todo cristiano y cristiana.

*“Tuvo, pues, Juan que declarar públicamente: — Yo los bautizo con agua, pero viene uno más poderoso que yo. Yo ni siquiera soy digno de desatar las correas de sus sandalias. Él los bautizará con Espíritu Santo y fuego. Llega, biello en mano, dispuesto a limpiar su era; guardará el trigo en su granero, mientras que con la paja hará una boguera que arderá sin fin. Con estos y otros muchos discursos exhortaba Juan a la gente y anunciaba al pueblo la buena noticia. También se encaró con el rey Herodes, reprendiendo su conducta con Herodías, la mujer de su hermano, y todas las demás perversidades que había cometido. Entonces Herodes metió a Juan en la cárcel, con lo que colmó la cuenta de sus crímenes”. (Luc. 3:16-20)*







## Mis notas:

Cuando Juan el Bautista comenzó a predicar, la gente entendió que lo que anunciaba era una nueva forma de vida y por eso le preguntaron intrigados qué era lo que, al fin y al cabo, debían cambiar. El Bautista, aunque procedía de estirpe sacerdotal (su padre era sacerdote) no se refirió a los asuntos relativos al rito, sino a la vida diaria.

Primero les dijo que compartieran el vestido con quien no tenía y la comida con quienes pasaban hambre. Se acercaron después unos recaudadores de impuestos para que los bautizara. A estos les dijo que lo que debían hacer era comportarse como cobradores justos, que no exigieran más de lo establecido.

Se acercó otro grupo más, el de los soldados y preguntó qué debían hacer ellos. Juan respondió que no se aprovecharan de su función para extorsionar y chantajear a los ciudadanos y que, en lugar de eso, vivieran conformes con lo que les pagaban. Juan, al igual que Jesús, conocía bien sus prácticas corruptas.

Compartir, ayudar, no abusar de la autoridad, no engañar, no intimidar al prójimo y no querer ganar más de lo que se ganaba atropellando a los demás. Es decir, la predicación de Juan buscaba darle esperanza al pueblo (a los que eran abusados) e intranquilidad a los abusadores. Eran estos los que debían cambiar para que todos pudieran vivir como Dios quería. Y lo que había que cambiar estaba relacionado con la vida, no con el Templo.

*“La gente preguntaba a Juan:*

*— ¿Qué debemos hacer?*

*Y él les contestaba:*

*— El que tenga dos túnicas, ceda una al que no tiene ninguna: el que tenga comida, compártala con el que no tiene.*

*Se acercaron también unos recaudadores de impuestos para que los bautizara y le preguntaron:*

*— Maestro, ¿qué debemos hacer nosotros?*

*Juan les dijo:*

*— No exijáis más tributo del que está establecido.*

*También le preguntaron unos soldados:*

*— Y nosotros, ¿qué debemos hacer?*

*Les contestó:*

*— Conformaos con vuestra paga y no hagáis extorsión ni chantaje a nadie.*

*Así que la gente estaba expectante y todos se preguntaban en su interior si Juan no sería el Mesías”. (Lc 3:10-15)*



## Mis notas:

**E**l estilo y contenido de la predicación de Juan el Bautista se caracterizó por emplear, casi siempre, mensajes que acusaban a quienes estaban causando mal, además, lo hacía con palabras de juicio y de castigo.

Jesús, aunque en algunas ocasiones usó ese mismo tono (Mt 23:33) —sobre todo contra los maestros de la religión que tanto daño causaban—, optó por mensajes que acogían a los despreciados, sanaba a los maltrechos y consolaba a los agobiados.

(Mt 11:28-30).

Entre el Bautista y el Galileo hay diferencias notables, no en el propósito final del mensaje, que era anunciar el Reino de Dios, sino en su forma de proclamarlo. Quizá haya sido este el motivo por el que, en un momento, Jesús decidió separarse de su pariente.

Mientras que Juan buscaba transformar por medio de juicios implacables, Jesús prefirió hacerlo con gestos compasivos (Jn 4). Y la fe cristiana, es seguidora de este último.

*“Decía, pues, Juan a la mucha gente que venía para que la bautizara: — ¡Hijos de víboras! ¿Quién les ha avisado para que huyan del inminente castigo? Demuestren con hechos su conversión y no anden pensando que son descendientes de Abrahán. Porque les digo que Dios puede sacar de estas piedras descendientes de Abrahán. Ya está el hacha preparada para cortar de raíz los árboles, y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego. La gente preguntaba a Juan: — ¿Qué debemos hacer? Y él les contestaba: — El que tenga dos túnicas, ceda una al que no tiene ninguna: el que tenga comida, compártala con el que no tiene”. (Lc. 4:7-11)*





Mis notas:

Después de la confrontación de Jesús con el diablo (que significa el acusador o calumniador), el Evangelio de Lucas nos relata que el Maestro regresó del monte de las tentaciones lleno del poder del Espíritu Santo.

Lucas busca demostrar que las acciones de Jesús tienen una explicación de fondo, que es el Espíritu Santo. Su vida está dirigida por ese Espíritu y a eso se debe todo cuanto hace y la admiración que causa.

Lo que pasó después de las tentaciones, Lucas lo sintetiza diciendo que regresó a Galilea, que su fama se extendió y que enseñaba en las sinagogas y gozaba de prestigio ante los ojos de todo el pueblo.

Entonces, esa admiración del pueblo, como sus proezas extraordinarias y la pericia de sus enseñanzas, no se explican por su alto desempeño pedagógico, ni su capacidad estratégica (expresión del mundo corporativo), ni su sofisticado carisma de liderazgo (otra expresión reciente de las ciencias administrativas). ¡Nada de eso!

En su caso, todo se explica por el Espíritu que lo dirigía e inspiraba. Esa razón interna que, más allá de ser instrumental es utópica. Es razón espiritual. Y, de tal Espíritu, tales logros.

*“Jesús, lleno del poder del Espíritu Santo, regresó a Galilea. Su fama se extendió por toda aquella región. Enseñaba en las sinagogas y gozaba de gran prestigio a los ojos de todos”. (Lc. 4:14-15)*





Mis notas:

**Y**, entonces, después del bautismo, Jesús se fue a Galilea e inició su tarea como maestro de un movimiento nuevo y diferente al de Juan, el que lo había bautizado y ahora estaba en la cárcel.

Aunque diferente a Juan en su estilo y contenido, coincidió con él en la necesidad de invitar al pueblo a que se arrepintiera. Esto es cambiar la manera de vivir, de pensar y relacionarse. No se refiere a cambiar de religión, sino de vida, aunque muchas veces, para cambiar de vida, haya que cambiar también la manera de vivir la religión.

*“Después de que encarcelaron a Juan, Jesús se fue a Galilea a anunciar las buenas nuevas de Dios. «Se ha cumplido el tiempo —decía—. El reino de Dios está cerca. ¡Arrepiéntanse y crean las buenas nuevas!» Pasando por la orilla del mar de Galilea, Jesús vio a Simón y a su hermano Andrés que echaban la red al lago, pues eran pescadores. «Vengan, síganme —les dijo Jesús—, y los haré pescadores de hombres».*

*Un poco más adelante vio a Jacobo y a su hermano Juan, hijos de Zebedeo, que estaban en su barca remendando las redes. En seguida los llamó, y ellos, dejando a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros, se fueron con Jesús”. (Mr 1:14-20)*





## Mis notas:

**E**n Caná, una aldea de Galilea, Jesús realizó su primer milagro: convirtió agua en vino. Eso ocurrió en una fiesta de bodas de una pareja amiga de Jesús y su familia. También estuvieron como invitados los discípulos.

Hay un detalle, no menor, que el cuarto Evangelio registró en su cuidadosa narración: que las vasijas eran de piedra y eran utilizadas por los judíos para sus ritos religiosos de purificación (Jn 2:6).

No eran vasijas cual quiera, ni agua para uso común. El milagro implicó una enseñanza de fe. Jesús convirtió el agua ritual en un vino festivo; transformó la religión tristona y adusta en fe alegre y jovial.

Con él, sobra el vino para la fiesta y se termina el agua para los ritos. Él hace de maestra sala y nos invita a la fiesta de la vida.

*“Tres días después tuvo lugar una boda en Caná de Galilea. La madre de Jesús estaba invitada a la boda, y lo estaban también Jesús y sus discípulos. Se terminó el vino, y la madre de Jesús se lo hizo saber a su hijo: — No les queda vino. Jesús le respondió: — ¡Mujer! ¿Qué tiene que ver eso con nosotros? Mi hora no ha llegado todavía. Pero ella dijo a los que estaban sirviendo: — Hagan lo que él les diga. Había allí seis tinajas de piedra, de las que utilizaban los judíos para sus ritos purificatorios, con una capacidad de entre setenta y cien litros cada una. Jesús dijo a los que servían: — Llenen las tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba. Una vez llenas, Jesús les dijo: — Saquen ahora un poco y llévenselo al organizador del banquete. Así lo hicieron, y en cuanto el organizador del banquete probó el nuevo vino, sin saber su procedencia (solo lo sabían los sirvientes que lo habían sacado), llamó al novio y le dijo: — Todo el mundo sirve al principio el vino de mejor calidad, y cuando los invitados han bebido en abundancia, se saca el corriente. Tú, en cambio, has reservado el mejor vino para última hora. Jesús hizo este primer milagro en Caná de Galilea. Manifestó así su gloria y sus discípulos creyeron en él. Después de esto, bajó a Capernaum acompañado por su madre, sus hermanos y sus discípulos. Y permanecieron allí unos cuantos días”. (Jn 2:1-12)*



*Mis notas:*

Cuando Jesús invitó a Pedro y su hermano Andrés para que fueran sus discípulos lo hizo mientras paseaba por la orilla del lago de Galilea. Los dos hermanos estaban cumpliendo su faena diaria como pescadores. La llamada se hizo con palabras muy comprensibles para ellos: Venid conmigo y os haré pescadores de hombres. La tarea sería la misma, pescar, pero la misión no, de ahora en adelante sería trabajadores del Reino.

Es de notar que en esta invitación y en la siguiente, la de los otros dos hermanos, Santiago y Juan, hay un cambio en cuanto a la relación que tenían los maestros con sus discípulos. Por siempre habían sido estos los que escogían a sus maestros, tanto en Israel con los rabinos, como en Grecia con los filósofos. Pero en este caso, como en otros (Mr 3:14), es el Maestro quien toma la iniciativa para escoger a sus seguidores.

La respuesta de los cuatro fue admirable: abandonaron trabajo, padre y barca y lo siguieron. Todo comenzó con la mirada del Maestro (los vio), continuó con la decisión de ellos (lo dejaron todo) y concluyó con el seguimiento.

Seguir a Jesús es una respuesta que surge de un corazón apasionado por el Reino, que decide hacer de Jesús el Maestro de vida. No es asunto de doctrinas, credos o instituciones. Todo esto vendrá después, y hay que dejarlo llegar siempre y cuando no nublen la vista de lo que más importa: seguir a Jesús en la vida por los caminos del Reino.

*“Iba Jesús paseando por la orilla del lago de Galilea, cuando vio a dos hermanos: Simón, también llamado Pedro, y su hermano Andrés. Eran pescadores, y estaban echando la red en el lago. Jesús les dijo:*

*— Venid conmigo y os haré pescadores de hombres.*

*Ellos dejaron de inmediato sus redes y se fueron con él. Más adelante vio a otros dos hermanos: Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, que estaban en la barca con su padre, reparando las redes. Los llamó, y ellos, dejando en seguida la barca y a su padre, lo siguieron”* (Mt 4:18-22)





Mis notas:

**A** sí inició Jesús su ministerio:  
Recorriendo toda Galilea: para identificarse con su gente y no quedarse aislado en los grandes centros de poder, como lo hacían los demás maestros de la fe.

Enseñando en las sinagogas: para explicar en qué consistía la esencia de su mensaje y debatir con los que confundían fe con esclavitud religiosa.

Anunciando las buenas noticias del reino: libertad, misericordia y paz, en medio de la opresión, insensibilidad humana y violencia que padecía el pueblo.

Y, sanando toda enfermedad y dolencia: que causaban dolor y más exclusión social.

Su mayor preocupación no fue el pecado moral (abstracto), sino el sufrimiento humano (concreto). Esta fue la gran diferencia con los sacerdotes y otros maestros de la ley. A estos les interesaba la metafísica de la fe. A Jesús el ser humano viviente y sufriente. Con sobrada razón “su fama se extendió por toda Siria” y lo seguían las multitudes de “Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea y Transjordania”.

*“Jesús recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas, anunciando las buenas nuevas del reino, y sanando toda enfermedad y dolencia entre la gente. Su fama se extendió por toda Siria, y le llevaban todos los que padecían de diversas enfermedades, los que sufrían de dolores graves, los endemoniados, los epilépticos y los paralíticos, y él los sanaba. Lo seguían grandes multitudes de Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea y de la región al otro lado del Jordán”. (Mt 4:23-25)*



## Mis notas:

Los sábados, como todo judío observante, Jesús iba a la sinagoga. Todos iban al mismo lugar y al mismo asunto, celebrar el culto y conservar la tradición. Jesús asistía con otros motivos.

Allí donde los demás iban para aprender lo mismo de siempre, Jesús iba para enseñar algo nuevo. Allí donde nadie se asombraba por nada (todo era muy conocido y rutinario), él causaba sorpresa por lo que decía y hacía.

Allí donde el mal (el demonio) andaba “a sus anchas”, Jesús, con autoridad, lo mandaba a callar: “¡Cállate y sal de él!” (Mr 1:25). Esto asombraba a todos y se preguntaban qué era lo que estaba pasando allí (Mr 1:27).

Con Jesús vuelve a pasar la vida, la restauración y la salud, allí donde ya no pasaba más que muerte, resignación y malestar.

*“Se dirigieron a Capernaum y, cuando llegó el sábado, Jesús entró en la sinagoga y se puso a enseñar. Todos quedaban impresionados por sus enseñanzas, porque los enseñaba como quien tiene autoridad y no como los maestros de la ley. Estaba allí, en la sinagoga un hombre poseído por un espíritu impuro, que gritaba: — ¡Jesús de Nazaret, déjanos en paz! ¿Has venido a destruirnos? ¡Te conozco bien: tú eres el Santo de Dios! Jesús lo increpó, diciéndole: — ¡Cállate y sal de él! El espíritu impuro, sacudiéndolo violentamente y dando un gran alarido, salió de él. Todos quedaron asombrados hasta el punto de preguntarse unos a otros: — ¿Qué está pasando aquí? Es una nueva enseñanza, llena de autoridad. Además, este hombre da órdenes a los espíritus impuros, y lo obedecen. Y muy pronto se extendió la fama de Jesús por todas partes en la región entera de Galilea.”*  
(Mr 1:21-28)





Mis notas:

A Jerusalén llegaban cientos de peregrinos para celebrar la fiesta de la Pascua. El Evangelio informa que también llegaban personas paganas, que no pertenecían a la religión de Israel, sin embargo, venían con el mismo propósito de “dar culto a Dios” (Jn 12:20).

Con ese ánimo de calmar su sed espiritual (sed universal que traspasa las fronteras de Israel) buscaron a Jesús. Se acercaron a Felipe diciéndole que querían ver a Jesús y éste fue donde Andrés y le contó lo que querían (estos dos apóstoles tienen nombres griegos).

Mientras que para los fariseos no era suficiente ver lo que Jesús estaba haciendo (sanando, resucitando y dando de comer), aquí hay unos paganos que quieren ver y eso les es suficiente. Los jefes de la correcta religión no quieren ver lo que todos veían. Lo que querían era saber, discutir y razonar (Jn 10:24-30).

Para el cuarto Evangelio, la fe no es una argumentación doctrinal que solo necesita cerebro, sino una experiencia humana que requiere corazón. Jesús quiere ser experimentado, o visto.

*“Entre los que habían llegado a Jerusalén para dar culto a Dios con ocasión de la fiesta, se encontraban algunos griegos. Estos se acercaron a Felipe, el de Betsaida de Galilea, y le dijeron: — Señor, quisiéramos ver a Jesús. Felipe se lo dijo a Andrés, y los dos juntos se lo notificaron a Jesús”. (Jn 2:20-22)*



Mis notas:

Jesús estuvo en Jerusalén en tres ocasiones. En su tercera y última, mientras se celebraba la fiesta de la Pascua, muchas personas presenciaron sus milagros y creyeron en él. ¡Si hacía cosas tan extraordinarias, debía ser divino!

Jesús, se alegraba de los milagros que hacía por lo que representaban para la gente enferma y otros que sufrían tantos males en la ciudad, pero, ante la avalancha de nuevos creyentes, no le alegraba mucho. Esto le producía desconfianza.

Siendo que conocía tan bien a los seres humanos, ambiguos, ambivalentes y desconcertantes, no se fiaba de los que creían debido a sus milagros.

Y por desconfiar así, nadie necesitaba demostrarle nada bueno (ni siquiera creer) para ser objeto de su amor. Amaba a todos por igual, sin tener que confiar en ellos. Conocía, “la intimidad de cada persona.”

*“Mientras Jesús permaneció en Jerusalén durante la fiesta de la Pascua, fueron muchos los que vieron los milagros que hacía, y creyeron en él. Pero Jesús no las tenía todas consigo, pues los conocía a todos perfectamente. Como tampoco necesitaba que nadie le informara sobre nadie, conociendo como conocía la intimidad de cada persona” (Jn 2:23-25)*





Mis notas:

Después de que Juan bautizó a Jesús, “acto seguido”, como lo narra Marcos, el Espíritu lo condujo al desierto donde estaba Satanás (entonces se creía que era allá donde habitaba) quien lo puso a prueba por cuarenta días.

Después de subir del agua, descendió al desierto donde se confrontó, en su interioridad, con sus propias tentaciones y luchó contra ellas. A ambos lugares, al Jordán y al desierto, lo condujo el Espíritu.

El rito religioso, aunque valioso, por sí solo no es suficiente para descifrar, escudriñar y sanar las profundidades del alma humana. Más allá del agua (del bautismo) hay que cruzar el desierto, donde emergen las sombras y “se cruza Satanás”.

Entre el río y el desierto está el camino de la transformación. Porque religión, sin transformación, solo es ilusión.

*“Acto seguido el Espíritu impulsó a Jesús a ir al desierto donde Satanás lo puso a prueba durante cuarenta días. Vivía entre animales salvajes y era atendido por los ángeles. Después que Juan fue encarcelado, Jesús se dirigió a Galilea, a predicar la buena noticia de Dios. Decía: — El tiempo se ha cumplido y ya está cerca el reino de Dios. Conviértanse y crean en la buena noticia”. (Mr 1:12-15)*





## Mis notas:

Juan el Bautista fue el encargado de anunciar la llegada de Jesús, el Mesías. Desde trescientos años atrás, no se escuchaba la voz de ningún profeta. Malaquías había sido el último.

Y Juan, al igual que Malaquías e Isaías, transmitió un mensaje de esperanza, en medio de las situaciones extremadamente difíciles que vivía la gente. Pero lo hizo, cual voz que irrumpe en medio del desierto. Un desierto social, político y religioso. El pueblo anhelaba la llegada de uno que gritara libertad. Y así lo hizo Juan, a quien los Evangelios lo comparan con Elías, por su mensaje y hasta por su manera de vestir (2 R 1:8).

La tarea de su vida, según Lucas, la había profetizado Isaías (Is 40:3-5). Igual que Jesús (Is 61:1-2). Ambos eran la respuesta que Dios ofrecía a las esperanzas reprimidas de Israel. En el caso del Bautista, Isaías había dicho que su misión sería la de transformar, trastornando: enderezando los caminos torcidos, alisando las sendas escabrosas, rellenar los valles y nivelar las colinas. Es decir, arreglar lo desarreglado y desarreglar lo aparentemente arreglado. Como Jesús, transformar, trastornando.

*“Corría el año quince del reinado del emperador Tiberio. Poncio Pilato gobernaba en Judea; Herodes, en Galilea; su hermano Filipo, en Iturea y Troconitida, y Lisaniás, en Abilene. Y Anás y Caifás eran los sumos sacerdotes. Fue entonces cuando Dios habló en el desierto a Juan, el hijo de Zacarías. Comenzó Juan a recorrer las tierras ribereñas del Jordán proclamando un bautismo como signo de conversión para recibir el perdón de los pecados. Así estaba escrito en el libro del profeta Isaías: que los valles, que son planos,*

*Se oye una voz;*

*alguien clama en el desierto:*

*“¡Preparad el camino del Señor;*

*abrid sendas rectas para él!*

*¡Que se nivelen los barrancos*

*y se allanen las colinas y las lomas!*

*¡Que se enderecen los caminos sinuosos*

*y los ásperos se nivelen,*

*para que todo el mundo contemple*

*la salvación que Dios envía!”.* (Lc 3:1-6)





## Mis notas:

Jesús recibió la visita inesperada de un miembro relevante del grupo de los fariseos. Por lo general, éstos se acercaban al Maestro con preguntas capciosas o para tenderle una trampa (Jn 8:6), pero no así Nicodemo.

Él le trajo preguntas honestas, nacidas en un corazón que buscaba respuestas distintas. Y Jesús se las ofrecido.

Nicodemo inició la conversación con palabras de admiración y elogio. También hizo una afirmación teológica poco común para un fariseo al asociar las acciones milagrosas de su interlocutor con la presencia de Dios.

Jesús, sin detenerse en los elogios, fue directo al tema del reino (su tema central) y le dijo que lo que necesitaba para alcanzarlo era nacer de nuevo. ¿Nacer de nuevo? ¿Eso es posible?

El proyecto del reino, lo supo Nicodemo esa noche, no se labra por completo con revoluciones sociales, ni reformas políticas, ni correcciones morales. Es más profundo. Se trata de un nacimiento del Espíritu. No le pertenece a la institución religiosa; es espiritual.

*“Un miembro del partido de los fariseos, llamado Nicodemo, persona relevante entre los judíos, fue una noche a ver a Jesús y le dijo: — Maestro, sabemos que Dios te ha enviado para enseñarnos; nadie, en efecto, puede realizar los milagros que tú haces si Dios no está con él. Jesús le respondió: — Pues yo te aseguro que solo el que nazca de nuevo podrá alcanzar el reino de Dios. Nicodemo repuso: — ¿Cómo es posible que alguien ya viejo vuelva a nacer? ¿Acaso puede volver a entrar en el seno materno para nacer de nuevo? Jesús le contestó: — Te aseguro que nadie puede entrar en el reino de Dios si no nace del agua y del Espíritu. Lo que nace de la carne es carnal; lo que nace del Espíritu es espiritual. No te cause, pues, tanta sorpresa si te he dicho que ustedes deben nacer de nuevo. El viento sopla donde quiere; oyes su rumor, pero no sabes ni de dónde viene ni a dónde va. Lo mismo sucede con el que nace del Espíritu”.*  
(Jn 3:1-8)



## Mis notas:

**N**icodemo era un fariseo notable (Jn 3:1), como tal, un riguroso lector de las Escrituras y supuesto conocedor de los misterios de Dios. Por eso, resulta sugestivo que el Evangelio de Juan (especializado en asuntos del Espíritu) lo presente como una persona desconocedora de los rudimentos espirituales.

Se sorprende de que Jesús le haya hablado del nuevo nacimiento (Jn 3:3), piensa que se refiere a un nacimiento físico y considera imposible, como en efecto lo es, que una persona siendo vieja pueda entrar de nuevo en el vientre de su madre para volver a nacer (Jn 3:4).

Jesús, con paciencia de maestro y corazón de sabio, le explicó el significado simbólico (espiritual) de sus palabras. Nicodemo no demostró saber lo que Jesús le hablaba, pero reveló querer saber eso que desconocía. He ahí su grandeza, la que explica el interés de Jesús por él.

El que cree que sabe (saber carnal) no sabe hasta cuándo reconoce lo que no sabe (saber espiritual). Así actúa el reino, con sabios indoctos que reconocen su necesidad y se abren a la sabiduría del Espíritu.

*“No te cause, pues, tanta sorpresa si te he dicho que ustedes deben nacer de nuevo. El viento sopla donde quiere; oyes su rumor, pero no sabes ni de dónde viene ni a dónde va. Lo mismo sucede con el que nace del Espíritu. Nicodemo preguntó: — ¿Cómo puede ser eso? Jesús le respondió: — ¡Cómo! ¿Tú eres maestro en Israel e ignoras estas cosas? Te aseguro que nosotros hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto; con todo, ustedes rechazan nuestro testimonio. Si les hablo de cosas terrenas y no me creen, ¿cómo me creerán cuando les hable de las cosas del cielo? Nadie ha subido al cielo, excepto el que bajó de allí, es decir, el Hijo del hombre. Lo mismo que Moisés levantó la serpiente de bronce en el desierto, el Hijo del hombre tiene que ser levantado en alto, para que todo el que crea en él tenga vida eterna”. (Jn 3:7-15)*





Mis notas:

En la parte final del diálogo entre Jesús y Nicodemo, hablaron sobre el alcance del amor de Dios, el significado de la entrega redentora del Hijo y la vida eterna. Ese amor, según las palabras de Jesús, alcanza a todo el mundo. Esto debió sorprender a Nicodemo porque en su partido de los fariseos pensaban, que Dios restringía su amor al Pueblo escogido.

En cuanto al envío del Hijo de Dios y su entrega, también tuvo que causarle admiración saber que su propósito no era condenar al mundo y dictar sentencia contra él.

La religiosidad popular pensaba que Dios demostraba su amor a su Pueblo castigando a los pueblos vecinos.

Y lo de la enseñanza sobre la vida eterna, Jesús hizo otra afirmación inesperada: que corresponde a cada persona decidir si la acoge o la rechaza. Cada cual toma esa decisión y no Dios. Cada uno vive según la luz que haya escogido para que lo ilumine.

La vida eterna consiste en vivir bajo la luz del Hijo y esa eternidad comienza aquí y ahora.

*“Tanto amó Dios al mundo, que no dudó en entregarle a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino tenga vida eterna. Pues no envió Dios a su Hijo para dictar sentencia de condenación contra el mundo, sino para que por medio de él se salve el mundo. El que cree en el Hijo no será condenado; en cambio, el que no cree en él, ya está condenado por no haber creído en el Hijo único de Dios. La causa de esta condenación está en que, habiendo venido la luz al mundo, los seres humanos prefirieron las tinieblas a la luz, pues su conducta era mala. En efecto, todos los que se comportan mal, detestan y rebúyen la luz, por miedo a que su conducta quede al descubierto. En cambio, los que actúan conforme a la verdad buscan la luz para que aparezca con toda claridad que es Dios quien inspira sus acciones”. (Jn 3:16-21)*



Mis notas:

El diálogo entre Jesús y Nicodemo continuó más allá del tema del nuevo nacimiento. El Maestro le habló del amor y de la luz. Le dijo que el amor de Dios es inconmensurable y que él, como Hijo del Padre, era la luz que representaba ese amor.

Si lo de nacer de nuevo fue un misterio, lo del amor y la luz debió parecerle a Nicodemo un enigma aún más indescifrable.

Es fácil para la religiosidad tradicionalista comprender cuáles son las normas que hay que acatar y los jerarcas que hay que obedecer, pero le es difícil acoger el don del amor y dejarse iluminar por la luz de la libertad.

Le sobran tradiciones, reglas y jerarquías, pero le falta el vigor de la nueva vida, la gracia del amor y la viveza de la luz. Y es esto lo que refresca la vida

*“Tanto amó Dios al mundo, que no dudó en entregarle a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino tenga vida eterna. Pues no envió Dios a su Hijo para dictar sentencia de condenación contra el mundo, sino para que por medio de él se salve el mundo. El que cree en el Hijo no será condenado; en cambio, el que no cree en él, ya está condenado por no haber creído en el Hijo único de Dios. La causa de esta condenación está en que, habiendo venido la luz al mundo, los seres humanos prefirieron las tinieblas a la luz, pues su conducta era mala. En efecto, todos los que se comportan mal, detestan y rehúyen la luz, por miedo a que su conducta quede al descubierto. En cambio, los que actúan conforme a la verdad buscan la luz para que aparezca con toda claridad que es Dios quien inspira sus acciones”. (Jn 3:16-21)*





## Mis notas:

**A**nte tantas autoridades que se erigen como supremas (casi divinas), Jesús le aclara a sus discípulos que él, por venir de lo alto, las supera a todas. El, por ser amor y la luz que ilumina la vida, es la autoridad que la puede orientar.

Los discípulos, que estaban discutiendo quién era mayor entre Juan el Bautista y Jesús (Jn 3:22-30) fueron confrontados con su escala de autoridad: ¿quién es más que quien en esta vida? ¿a quién seguir y por qué seguirlo?

Jesús es el que “está por encima de todos” (Jn3:31). No es una autoridad arbitraria, ni arrogante, no se impone por la fuerza de la violencia, sino por la calidez del amor.

Cuando Jesús habla, entonces, es Dios quien se está expresando a través de él. Quienes lo escuchan deben decidir si lo acogen o sí, por el contrario, sigue aferrado a las autoridades de siempre. De eso depende su libertad, su vida plena (vida eterna).

*“El que viene de lo alto está por encima de todos. El que tiene su origen en la tierra es terreno y habla de las cosas de la tierra; el que viene del cielo está por encima de todos y da testimonio de lo que ha visto y oído; sin embargo, nadie acepta su testimonio. El que acepta su testimonio reconoce que Dios dice la verdad. Porque, cuando habla aquel a quien Dios ha enviado, es Dios mismo quien habla, ya que Dios le ha comunicado plenamente su Espíritu. El Padre ama al Hijo y ha puesto todas las cosas en sus manos. El que cree en el Hijo, tiene vida eterna; pero quien no cree en él, no experimentará esa vida, sino que está bajo el peso de la ira de Dios”. (Jn 3:31-36)*



Mis notas:

Saberse elegido por Dios, conlleva el riesgo de sentirse exclusivo y con el derecho a mirar a los demás (a los que no fueron elegidos), con desdén y desprecio. Jesús quiso corregir ese error mostrando que cuando Dios eligió a su pueblo, lo hizo para universalizar su amor. Este fue, por ejemplo, el caso de Abraham, elegido para que, por medio suyo, fueran “bendecidas todas las familias de la tierra” (Ge 12:3).

Para acentuar esa lección, Jesús recordó dos casos de la historia de su pueblo: en tiempos de Elías, en medio de una hambruna, aunque había muchas viudas pasando necesidades en Israel, el profeta fue enviado por Dios para hacer un milagro a una extranjera, que vivía en Sarepta. Y en tiempos de Eliseo pasó algo similar, aunque había muchos enfermos de lepra en Israel, ninguno fue sanado, sino Naamán, que era sirio.

Quienes escucharon esto, se enfurecieron tanto con Jesús, que lo expulsaron del pueblo e intentaron matarlo. La religión nacionalista, así como toda fe que se siente poseedora única de la verdad divina puede tornarse inhumana y violenta. Por eso, Jesús prefirió pasar por en medio de ellos e irse lejos, donde no corriera tantos peligros.

*“Pues bien, les aseguro que a ningún profeta lo aceptan en su propia tierra. No cabe duda de que en tiempos de Elías, cuando el cielo se cerró por tres años y medio, de manera que hubo una gran hambre en toda la tierra, muchas viudas vivían en Israel. Sin embargo, Elías no fue enviado a ninguna de ellas, sino a una viuda de Sarepta, en los alrededores de Sidón. Así mismo, había en Israel muchos enfermos de lepra en tiempos del profeta Eliseo, pero ninguno de ellos fue sanado, sino Naamán el sirio». Al oír esto, todos los que estaban en la sinagoga se enfurecieron. Se levantaron, lo expulsaron del pueblo y lo llevaron hasta la cumbre de la colina sobre la que estaba construido el pueblo, para tirarlo por el precipicio. Pero él pasó por en medio de ellos y se fue”. (Lc 4:24-30)*





## Mis notas:

**E**stando Jesús en Nazaret y después de haberse presentado en la sinagoga de su pueblo como el ungido de Dios, supo que lo primero que le iban a pedir, para avalar esa declaración, era que hiciera milagros.

Jesús, antes de que le pidieran esas señales, les dijo que ningún profeta había sido bien recibido en su propia tierra. Y puso dos ejemplos: Elías, quien en una crisis ocasionada por una sequía había hecho un milagro a una viuda, pero no de Israel, sino de Sarepta, en la región de Sidón (hoy, Líbano) fuera de las fronteras del pueblo que se sentía elegido por Dios.

El segundo ejemplo fue el del profeta Eliseo, que curó de lepra a Naamán, una persona siria, región aún más distante que Sidón. De esta manera y con estos dos ejemplos Jesús tuvo la osadía de cuestionar el estrecho nacionalismo de muchos de sus oyentes. Tanto los ofendió con esas alusiones que, en aquel mismo momento, cuando Jesús apenas había empezado su ministerio, tuvieron la intención de matarlo.

El amor inclusivo (planetario) de Dios ofende a muchos. Ofende su amor, exaspera tanto cariño, irrita su gracia. Ante esto, queda el consejo ejemplificado por Jesús: “se abrió paso entre ellos y se fue”.

*“Jesús les dijo: — Sin duda, ustedes me aplicarán este refrán: “Médico, cúrate a ti mismo. Haz, pues, aquí en tu propia tierra, todo lo que, según hemos oído decir, has hecho en Capernaum”. Y añadió: — Les aseguro que ningún profeta es bien recibido en su propia tierra. Les diré más: muchas viudas vivían en Israel en tiempos de Elías, cuando por tres años y seis meses el cielo no dio ni una gota de agua y hubo gran hambre en todo el país. Sin embargo, Elías no fue enviado a ninguna de ellas, sino a una que vivía en Sarepta, en la región de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, pero ninguno de ellos fue curado de su lepra, sino Naamán el sirio. Al oír esto, todos los que estaban en la sinagoga se enfurecieron y, echando mano a Jesús, lo arrojaron fuera del pueblo y lo llevaron a un barranco de la montaña sobre la que estaba asentado el pueblo, con intención de despeñarlo. Pero Jesús se abrió paso entre ellos y se fue”. (Lc. 4:23-30)*





Mis notas:

Un día en la vida de Jesús podía ser muy extenuante: en la mañana iba a la sinagoga, después a la casa de uno de los discípulos para sanar a un familiar; en la tarde recibía decenas de enfermos que pedían que los sanara, increpaba a los demonios, además de otras actividades que los Evangelios no cuentan en su totalidad. Días fatigados, pero dichosos, al servicio del bien y combatiendo el mal.

Al final, ya en la noche, cuando el gentío no estaba, ni se oían los ruegos; cuando la noche entraba en calma y ya algunos dormían, Jesús se retiraba a un lugar solitario. ¿Para orar? Quizá sí, o solo para descansar. Para encontrarse consigo mismo y tomar distancia de lo que había hecho. Para cultivar el arte sereno de recordar que él no era lo que hacía; que su identidad sobrepasaba sus acciones. Allí, solo, sin sus discípulos, ni la muchedumbre, él era lo que era.

Por esto podía salir de un lugar e irse con pasmosa tranquilidad hacia otro. Aunque le rogaban que se quedara, él se iba diciendo que su labor debía cumplirse también en otros lugares.

Ni la admiración que le tenían, ni la fama que ganaba, ni las victorias obtenidas lo retenían. Era un ave libre, que no se dejaba atrapar en las jaulas del triunfo. Era lo que su Padre le había dicho que era, “hijo amado” (Mt 3:17). Esta era su identidad. Su persona era más que su personaje. Porque era lo que era y no lo que hacía.

*“Al salir de la sinagoga, Jesús fue a casa de Simón. La suegra de Simón estaba enferma, con fiebre muy alta, y rogaron a Jesús que la curase. Jesús, inclinándose sobre ella, increpó a la fiebre, y la fiebre desapareció. La enferma se levantó inmediatamente y se puso a atenderlos. A la puesta del sol, llevaron ante Jesús toda clase de enfermos, y él los curaba poniendo las manos sobre cada uno. Muchos estaban poseídos por demonios, que salían de ellos gritando: ¡Tú eres el Hijo de Dios! Pero Jesús los increpaba y no les permitía que hablaran de él, porque sabían que era el Mesías. Al hacerse de día, Jesús salió de la ciudad y se retiró a un lugar solitario. La gente estaba buscándolo y, cuando lo encontraron, querían retenerlo para impedir que se fuera de allí. Pero Jesús les dijo: Tengo que ir también a otras ciudades, a llevarles la buena noticia del reino de Dios, pues para eso he sido enviado. Y andaba proclamando el mensaje por las sinagogas de Judea”. (Lc. 4:38-44)*





## Mis notas:

**L**os filósofos griegos, siglos antes de Jesús, habían debatido acerca de la buena vida (eudaimonía), en qué consiste, quiénes la adquieren y que virtudes la constituyen.

Jesús tenía como trasfondo esos debates filosóficos y, en su caso, acrecentados por las posiciones de los estoicos y los epicúreos (se mencionan en Hechos 17:18). Unos que creían que la buena vida se lograba por medio de las restricciones morales y otros por medio de los placeres hedonistas.

Jesús tenía que escoger, pero no escogió, en lugar de esto enunció algo nuevo. Para él, la buena vida no se labra renunciando al placer de vivir, pero tampoco entregándose a los placeres utilitarios que, en lugar de otorgar la dicha, la roban y esclavizan (Jn 8:34).

Para él, la buena vida se logra por medio de la entrega servicial, sencilla y humilde; la solidaridad con los que sufren, la compasión misericordiosa que restaura relaciones y hace posible la convivencia social. Sobre todo, buscando hacer la voluntad de Dios que es construir la paz y buscar la justicia. Quienes viven así, son las personas más felices (bienaventuradas).

*“Cuando Jesús vio todo aquel gentío, subió al monte y se sentó. Se le acercaron sus discípulos, y él se puso a enseñarles, diciendo: — Felices los de espíritu sencillo, porque suyo es el reino de los cielos. Felices los que están tristes, porque Dios mismo los consolará. Felices los humildes, porque Dios les dará en herencia la tierra. Felices los que desean de todo corazón que se cumpla la voluntad de Dios, porque Dios atenderá su deseo. Felices los misericordiosos, porque Dios tendrá misericordia de ellos. Felices los que tienen limpia la conciencia, porque ellos verán a Dios. Felices los que trabajan en favor de la paz, porque Dios los llamará hijos suyos. Felices los que sufren persecución por cumplir la voluntad de Dios, porque suyo es el reino de los cielos. Felices ustedes cuando los insulten y los persigan, y cuando digan falsamente de ustedes toda clase de infamias por ser mis discípulos. ¡Alégrese y estén contentos, porque en el cielo tienen una gran recompensa! ¡Así también fueron perseguidos los profetas que vivieron antes que ustedes!” (Mt 5:1-12)*



*Mis notas:*

**E**l Evangelio de Marcos presenta varios casos en los que Jesús libera a personas atormentadas por demonios. El Hijo de Dios (Mr 1:1) se presenta como lo que es: amor entrañable que entra en conflicto con las fuerzas de la muerte con el fin de ofrecer vida plena.

Lo curioso del primero de estos casos es que el afectado se encontraba en la sinagoga (¿un endemoniado en la sede del culto?) y su liberación ocurrió el día sábado, santo día dedicado a celebrar la fe en comunidad y con quietud. Allí y ese día, Jesús hizo el milagro de restaurar el bienestar de aquel hombre.

Ese día, y desde el primer milagro, el Maestro aclaró para qué deberían servir los lugares de culto, las celebraciones rituales y las jerarquías religiosas, para devolver la vida a quienes les ha sido negada y para enseñar con tal autoridad que las fuerzas del mal sean silenciadas.

*“Entraron en Capernaum y, tan pronto como llegó el sábado, Jesús fue a la sinagoga y se puso a enseñar. La gente se asombraba de su enseñanza, porque la impartía como quien tiene autoridad y no como los maestros de la ley. De repente, en la sinagoga, un hombre que estaba poseído por un espíritu maligno gritó: —¿Por qué te entrometes, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Yo sé quién eres tú: ¡el Santo de Dios! —¡Cállate! —lo reprendió Jesús—. ¡Sal de ese hombre! Entonces el espíritu maligno sacudió al hombre violentamente y salió de él dando un alarido. Todos se quedaron tan asustados que se preguntaban unos a otros: «¿Qué es esto? ¡Una enseñanza nueva, pues lo hace con autoridad! Les da órdenes incluso a los espíritus malignos, y le obedecen». Como resultado, su fama se extendió rápidamente por toda la región de Galilea”. (Mr 1:21-28)*





Mis notas:

**M**arcos, el primero de los cuatro Evangelios en escribirse, cuenta que Jesús inauguró su ministerio en la sinagoga de Capernaum. Allí había un hombre “poseído por un espíritu maligno” que gritaba y actuaba con violencia.

Esta señal, según Marcos, deja en claro, desde el inicio, que Jesús sí tiene autoridad. No como los maestros de la Ley que solo enseñaban tradiciones de hombres (Mr 7:8) y, lo más penoso, no tenían ni poder ni valor para enfrentar el mal. El mal convivía con ellos en la sinagoga.

Jesús enfrenta el mal, contiende con él y se propone destruirlo, porque su causa es la libertad (Jn 8:32), no la esclavitud, ni siquiera la que convive con apariencia religiosa en el lugar de culto.

*“Entraron en Capernaum y, tan pronto como llegó el sábado, Jesús fue a la sinagoga y se puso a enseñar. La gente se asombraba de su enseñanza, porque la impartía como quien tiene autoridad y no como los maestros de la ley. De repente, en la sinagoga, un hombre que estaba poseído por un espíritu maligno gritó: —¿Por qué te entrometes, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Yo sé quién eres tú: ¡el Santo de Dios! —¡Cállate! —lo reprendió Jesús—. ¡Sal de ese hombre! Entonces el espíritu maligno sacudió al hombre violentamente y salió de él dando un alarido. Todos se quedaron tan asustados que se preguntaban unos a otros: «¿Qué es esto? ¡Una enseñanza nueva, pues lo hace con autoridad! Les da órdenes incluso a los espíritus malignos, y le obedecen». Como resultado, su fama se extendió rápidamente por toda la región de Galilea”. (Mr 1:21-28)*



## Mis notas:

La lepra, o “enfermedad de las escamas”, por ser en muchos casos contagiosa, tenía desde el Primer Testamento muchos protocolos sanitarios (Lv 13-14). Con el tiempo, esta enfermedad fue asociada al pecado y por eso, a quienes la padecían, se les consideraba personas impuras.

Esa perniciosa asociación entre enfermedad, moralidad y exclusión ha pervivido por siglos. Jesús, al escuchar, tocar y sanar a varios leprosos, no solo hizo un milagro asociado a la salud, sino también a la vida social y espiritual: a los enfermos les limpió la piel, a la comunidad la quiso sanar de sus prejuicios y a la religión pretendió dejarle un modelo de fe compasiva e incluyente.

*“Un hombre que tenía lepra se le acercó, y de rodillas le suplicó: —Si quieres, puedes limpiarme. Movidó a compasión, Jesús extendió la mano y tocó al hombre, diciéndole: —Sí, quiero. ¡Queda limpio! Al instante se le quitó la lepra y quedó sano. Jesús lo despidió en seguida con una fuerte advertencia: —Mira, no se lo digas a nadie; solo ve, preséntate al sacerdote y lleva por tu purificación lo que ordenó Moisés, para que les sirva de testimonio. Pero él salió y comenzó a hablar sin reserva, divulgando lo sucedido. Como resultado, Jesús ya no podía entrar en ningún pueblo abiertamente, sino que se quedaba afuera, en lugares solitarios. Aun así, gente de todas partes seguía acudiendo a él”.*  
(Mr 1:40-45)





## Mis notas:

Casi todos los milagros de Jesús sucedieron fuera del Templo y de las sinagogas. Sus escenarios no fueron los lugares llamados sagrados. Tampoco su misión se realizó según los parámetros que los maestros de la Ley habían erigido. Fue un maestro sabio con rango laico.

Jesús fue un laico que, cuando hizo milagros, los hizo en los campos, las calles, las plazas, las casas o los lagos. En esos lugares donde desfilan los dolores y penas de la gente, donde brotan las esperanzas tercas y asombra el valor de los más vulnerables.

Una noche sorprendió a los discípulos que navegaban en el lago. Habían trabajado toda la noche, sin obtener nada. Los encontró con las redes desocupadas, pero los despidió con las redes cargadas de pescados. Tantos que hasta tuvieron para compartir con pescadores de otras barcas.

Eran milagros que consagraban los lugares profanos: el lago. Convertían en sacramentos de vida los instrumentos de trabajo: las redes y la barca. Y trasformaban en liturgia divina los gestos solidarios: compartir la pesca con los que no habían pescado nada. Eran milagros, más allá del milagro.

*“Cuando acabó su discurso, dijo a Simón: — Rema lago adentro y echen las redes para pescar. Simón le contestó: — Maestro, hemos pasado toda la noche trabajando y no hemos pescado nada; pero, puesto que tú lo dices, echaré las redes. Así lo hicieron; y recogieron tal cantidad de pescado que las redes estaban a punto de romperse. Entonces avisaron por señas a sus compañeros, que estaban en la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Llegaron ellos y llenaron las dos barcas, hasta el punto que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro cayó de rodillas delante de Jesús y le dijo: — Señor, apártate de mí, que soy un pecador. Y es que el temor los había invadido a él y a todos sus compañeros a la vista de la gran redada de peces que habían capturado. Lo mismo les ocurría a Santiago y a Juan, los hijos de Zebedeo, que acompañaban a Simón en la pesca. Pero Jesús dijo a Simón: — No tengas miedo. Desde ahora serás pescador de hombres. Y después de sacar las barcas a tierra, lo dejaron todo y se fueron con Jesús”. (Lc 5:4-11)*



## Mis notas:

**E**n las aldeas de Galilea y de Judea, Jesús enseñaba a sus discípulos y a las multitudes, debatía con sus opositores religiosos y curaba a los enfermos que venía a él o que, ante su limitación física, eran traídos por otros. Este fue el caso de un paralítico que trajeron unos hombres en una camilla.

Al llegar a la casa donde estaba Jesús enseñando, vieron que no podían entrar al enfermo y, entonces, subieron a la terraza, hicieron un hueco en el techo hasta lograr que el enfermo fuera atendido por Jesús.

Jesús, primero, le dijo que sus pecados quedaban perdonados. Esto, a los amigos, es casi seguro que los decepcionó (no iban a ser tanto trabajo solo para eso). Por su lado, los maestros de la ley, que poco le importaba el enfermo, sino los debates religiosos, increparon a Jesús por blasfemar de esa manera, porque el perdón solo es potestad divina.

Jesús siguió con quien más le importaba, el enfermo. Y lo sanó. De esta manera esgrimió el argumento conclusivo del caso planteado por los religiosos. Les dijo que el poder de Dios se confirma restaurando la vida y perdonando todo pecado que la envilece.

Es pecado todo aquello que mengua la capacidad de vivir en plenitud, ya sea para uno mismo o que se haga en contra de los demás. Y muchas veces, es más fácil levantar a un paralítico de su camilla, que eliminar esos males (pecados) que se originan en el corazón de las personas y en el alma de sus estructuras sociales, religiosas y culturales. Las peores parálisis son las que envilecen la dignidad humana y deshonran la vida.

*“Un día estaba Jesús enseñando. Cerca de él se habían sentado algunos fariseos y doctores de la ley llegados de todas las aldeas de Galilea y de Judea, y también de Jerusalén. Y el poder del Señor se manifestaba en las curaciones que hacía. En esto llegaron unos hombres que traían a un paralítico en una camilla y que andaban buscando cómo entrar en la casa para ponerlo delante de Jesús. No encontrando el modo de introducirlo a causa del gentío, subieron a la terraza y, a través de un hueco que abrieron en el techo, bajaron al paralítico en su camilla y lo pusieron en medio, delante de Jesús.*





Mis notas:

*Al ver la fe de quienes lo llevaban, Jesús dijo al enfermo:*

— *Amigo, tus pecados quedan perdonados.*

*Los maestros de la ley y los fariseos se pusieron a pensar: “¿Quién es este, que blasfema de tal manera? ¡Solamente Dios puede perdonar pecados!”. Jesús se dio cuenta de lo que estaban pensando y les preguntó:*

— *¿Por qué están pensando así? ¿Qué es más fácil? ¿Decir: “Tus pecados quedan perdonados”, o decir: “Levántate y anda”? Pues voy a demostrarles que el Hijo del hombre tiene autoridad en este mundo para perdonar pecados.*

*Se volvió al paralítico y le dijo:*

— *A ti te hablo: levántate, recoge tu camilla y márchate a casa.*

*Él se levantó al instante delante de todos, recogió la camilla donde estaba acostado y se fue a su casa alabando a Dios. Todos los presentes quedaron atónitos y comenzaron a alabar a Dios. Sobrecogidos de temor, decían:*

— *¡Hoy hemos visto cosas increíbles!”. (Lc 5:17-26)*





